

SEMANA DE

Altar Familiar

"en pos de él"

IGLESIA
DINAMARCA
ALIANZA CRISTIANA Y MISIONERA

Día 1

Arrepentimiento y renovación individual

2 Crónicas 7:14, Isaías 1:16-18

Parte I: El arrepentimiento, el regreso del corazón

"Si se humillare mi pueblo sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra."- 2 Crónicas 7:14

El arrepentimiento es más que un sentimiento de culpa; es un cambio de dirección. Es cuando el corazón reconoce que ha estado caminando lejos de Dios y decide volver a casa. En este versículo, el Señor no habla a los paganos, sino a su pueblo, a los que llevan su nombre. Es un llamado a los que ya conocen su voz, pero que han dejado que la rutina, la autosuficiencia o el pecado los alejen.

Dios establece un camino claro: humillarse, orar, buscar y apartarse.

No hay restauración sin humildad, porque solo quien se reconoce necesitado puede ser sanado. No hay transformación sin oración, porque es en la comunión donde el alma se alinea con la voluntad divina. No hay renovación sin búsqueda, porque el rostro de Dios no se halla entre los ídolos de este mundo. Y no hay perdón sin cambio, porque seguir en los mismos caminos que destruyen el alma es negar el poder del Evangelio.

El arrepentimiento, entonces, no es un acto de derrota, sino el primer paso hacia la victoria. Es reconocer que la sequedad de la tierra no se soluciona con más esfuerzo humano, sino con un corazón quebrantado que se rinde ante Dios.

Parte II: La renovación, el milagro de la gracia

"Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras... Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana."- Isaías 1:16–18

El Dios que llama al arrepentimiento es el mismo que promete renovación. No nos invita a limpiar lo imposible, sino a acercarnos a Él para ser lavados. La limpieza espiritual no comienza con lo que hacemos, sino con lo que permitimos que Dios haga en nosotros.

Isaías no nos habla de un Dios que acusa, sino de un Padre que restaura. Él no dice: "Explícame tu pecado", sino "Ven y estemos a cuenta". La iniciativa es divina; el milagro es la transformación. Lo que el pecado manchó, la gracia lo vuelve a vestir de pureza. Lo que parecía arruinado, Dios lo renueva con su perdón.

La renovación espiritual no es un simple "nuevo comienzo", es una nueva naturaleza. Es el Espíritu Santo soplando vida donde solo quedaban cenizas. Cuando el arrepentimiento es genuino, el alma no solo es perdonada, sino también transformada. El pasado deja de ser una carga y se convierte en testimonio.

Día 2

Servir con un corazón santo para amar al prójimo"

Marcos 12:30–31

Jesús une dos mandamientos en uno solo: la santidad y el servicio. No se pueden separar, porque la verdadera santidad se manifiesta sirviendo con amor, y el servicio auténtico solo puede fluir de un corazón santificado. Cuando servimos con un corazón limpio, la familia se fortalece, la iglesia crece y el mundo puede ver a Dios reflejado en nosotros.

En la iglesia, servir en santidad significa hacerlo sin orgullo ni crítica, con humildad, unidad y gratitud. No servimos para agradar a los hombres, sino por agradecimiento a Dios, quien nos llamó a reflejar su carácter. Cada tarea en el cuerpo de Cristo sea grande o pequeña es una oportunidad para mostrar su amor y su pureza.

En la familia, la santidad se demuestra en lo cotidiano: en cómo nos tratamos, cómo hablamos y cómo perdonamos. El servicio familiar se expresa en ayudarnos mutuamente con amor, en cuidarnos, orar juntos y vivir la fe en casa. Los hijos aprenden observando a sus padres; cuando ven a sus padres servir con alegría y entrega, comprenden que servir a Dios no es una carga, sino un honor. Por eso podemos afirmar con convicción: "Yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24:15).

Finalmente, la santidad no nos separa del prójimo, sino que nos prepara para amarlo con compasión. Servir al prójimo en santidad es mostrar el amor de Dios con hechos concretos: escuchando, ayudando, compartiendo y orando por los demás.

Muchas personas quizás no escuchen un sermón, pero sí observarán cómo vivimos (trabajo, liceo, universidad). Y es precisamente a través de una vida santa y servicial que el Evangelio se hace visible.

"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:16).

Preguntas en familia:

1. ¿Cómo podemos servirnos unos a otros con amor y respeto en nuestro hogar?
2. ¿Qué cosas necesitamos cambiar para que Cristo sea visible en nuestra familia e iglesia?
3. Existe disposición en nuestra vida para amar a nuestro prójimo aunque este sea muy diferente en pensamiento, actuar, creencias. ¿Qué podemos hacer?

Dinámica de oración:

Juntos ir reconociendo y dialogando las diferentes tribus urbanas que se encuentran en nuestra ciudad (ej: Otakus, Gamers, Punks, Hipsters, etc, averigua si es necesario), para luego levantar una oración:

Por sus diferentes necesidades - Que podamos tener un corazón limpio y sensible hacia nuestro prójimo - Para que cómo familia e iglesia seamos testimonio del Reino en todo momento y en todo lugar.

Día 3

Fortalecimiento de la familia en unidad y amor

Hechos 4:29–3

Cuando la comunión con Cristo, por medio del Espíritu Santo, llena una familia, su presencia no se queda en palabras ni rituales, sino que transforma el hogar, las relaciones y las actitudes. Jeremías lo expresó así: "Esto se convierte dentro de mí como fuego ardiente encerrado en mis huesos; hago esfuerzos por contenerlo, y no puedo" (Jer 20:9). Ese fuego del Espíritu se nota en el amor entre los esposos, en la obediencia de los hijos y en la manera en que todos se perdonan y animan.

Así vivía la iglesia primitiva. Hechos 2:42 dice que "perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones". Tenían su propio altar familiar: aprendían juntos, compartían la mesa, oraban y servían al Señor con un mismo corazón. De esa comunión brotaba naturalmente el testimonio; el evangelio era fruto de la vida compartida en la presencia de Dios. Donde una familia busca a Dios unida, hay reconciliación, sanidad y milagros.

En Hechos 4, Pedro y Juan fueron amenazados por predicar, pero en lugar de rendirse, se unieron con su familia de fe y oraron juntos: "Señor, concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra" (Hch 4:29). Dios respondió con poder: "Cuando hubieron orado, el lugar tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios" (Hch 4:31). El Espíritu los fortaleció, los unió y renovó su pasión.

Así también el Señor desea que nuestros hogares sean llenos del fuego del Espíritu, no dominados por la rutina ni la queja. Donde hay oración y unidad, la tensión se convierte en paz, la distancia en cercanía, y el cansancio en esperanza renovada.

Motivos de oración familiar:

1. Buscar juntos al Señor, priorizando su presencia.
2. Reconocer su soberanía sobre el hogar.
3. Recordar la Palabra en medio de la dificultad.
4. Pedir fortaleza y valentía para permanecer firmes.
5. Clamar por respaldo sobrenatural, confiando en milagros de restauración y provisión.

Desafíos prácticos:

- Orar juntos cada día.
- Identificar y entregar a Dios cualquier fuente de división.
- Realizar un gesto de amor o reconciliación.
- Leer y reflexionar en familia Hechos 4:23–31.
- Declarar juntos: "Señor, queremos ser una familia llena del Espíritu Santo y unida en tu amor."

Día 4

Edificación de la familia y el Cuerpo de Cristo

Efesios 4:12 1 Tesalonicenses 5:11

Así como una casa necesita buenos cimientos para mantenerse firme, la Iglesia y la familia también se sostienen por la obra de Cristo, no por apariencias o esfuerzos humanos. Efesios 4:12 enseña que Dios nos equipa para edificar el cuerpo de Cristo, y esa edificación comienza en el hogar.
Cada familia es el primer taller donde se aprende a servir, perdonar y animar. Cuando los miembros del hogar se edifican unos a otros con amor y palabras que fortalecen, el resultado es una familia sólida que, a su vez, fortalece a la Iglesia.
Por el contrario, la crítica, el egoísmo y las divisiones actúan como grietas que debilitan tanto la casa familiar como la espiritual. Por eso, la madurez cristiana consiste en vivir para edificar a otros, comenzando por los más cercanos.
Cuando el Espíritu Santo gobierna nuestras relaciones familiares y comunitarias, la Iglesia crece en unidad, firmeza y belleza, convirtiéndose en un testimonio vivo de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

Preguntas de reflexión

1. ¿Estoy siendo un "ladrillo firme" que edifica a mi familia y a la Iglesia, o una grieta que debilita sus cimientos?
2. ¿De qué maneras concretas puedo animar, perdonar y fortalecer a los que viven conmigo y a mis hermanos en la fe?
3. ¿Veo mi crecimiento espiritual como algo solo personal o como una oportunidad para edificar a mi hogar y a la comunidad de creyentes?
4. ¿Qué tipo de ambiente estoy construyendo en casa: uno que une y edifica, o uno que divide y desgasta?

Motivos de oración

- Oremos para que el Señor nos dé un corazón dispuesto a edificar en casa y en la Iglesia, con palabras que sanan y acciones que construyen.
- Oremos para que cada familia sea fortalecida por el Espíritu Santo, convirtiéndose en un modelo de amor, perdón y unidad dentro del cuerpo de Cristo.
- Oremos para que cada ministerio y creyente viva con el propósito de edificar a otros, reflejando la madurez y el carácter de Cristo.
- Oremos para que la unidad, el amor y el servicio mutuo, tanto en los hogares como en la congregación, sean el testimonio visible del Reino de Dios en medio de nosotros.

Día 5
La capacitación del Espíritu Santo

Hechos 1:8; 2 Timoteo 1:7

El Espíritu Santo no solo consuela, sino que capacita, fortalece y dirige al creyente para vivir con poder, amor y dominio propio (Hechos 1:8; 2 Timoteo 1:7). Así como Jesús instruyó a sus discípulos a esperar la promesa del Padre antes de salir a la misión, también debemos depender de Él para cumplir el propósito divino en cada ámbito de la vida.

- En la familia: El Espíritu Santo fortalece el amor y la unidad. Su presencia transforma el hogar en un altar donde reina Cristo, enseñándonos a amar, perdonar y ejercer autoridad con dominio propio.
- En la iglesia: El Espíritu impulsa la misión y la unidad del cuerpo. La iglesia crece no por estrategias, sino por la acción viva del Espíritu, quien da poder para testificar, valor para servir y amor para edificar.
- En la vida diaria: El Espíritu nos equipa para vivir con propósito, integridad y esperanza, recordándonos que cada momento cotidiano puede reflejar el Reino de Dios.

En resumen, vivir capacitados por el Espíritu Santo es dejar que Él transforme cada área de nuestra vida para reflejar la gloria de Cristo.

Preguntas para Compartir en Familia:

1. ¿Estamos permitiendo que el Espíritu Santo sea quien dirija nuestras decisiones familiares y nuestras conversaciones diarias?
2. ¿Qué cambios prácticos necesitamos hacer para que nuestro hogar sea un reflejo del amor de Cristo?
3. ¿Cómo puedo ser un testigo más fiel y valiente del evangelio en mi iglesia y en mi entorno?
4. ¿Estoy usando los dones que el Espíritu Santo me ha dado para edificar a otros o me he quedado pasivo?
5. ¿Estoy viviendo cada día consciente de que el Espíritu Santo me acompaña y me guía?
6. ¿Cómo puedo reflejar su poder, amor y dominio propio en mi entorno laboral, vecinal o académico?

Dinámica de Oración
Pidámosle a Dios que haga de nuestro hogar un altar de amor, perdón y unidad. Que su paz reine en nuestras conversaciones y decisiones.

Pidamos al Señor, que renueve su fuego en medio de su pueblo. Que se manifiesten los dones, que restaure la unidad y que nos envíe con poder para testificar en nuestra ciudad.

Pidámosle a Dios que nos llene de su Espíritu Santo, para vivir con propósito, reflejar su carácter y ser testigos fieles dondequiera que estemos.